



Javier Marías, cuando el fantasma hace literatura

ROMÁN, Ricardo J.

Universidad de Zulia
ricardoromanmarcano@hotmail.com

Resumen

Javier Marías representa uno de los escritores más influyentes en Europa, y se distingue entre quienes escriben por dinero y los que escriben por pasión; éste se conforma con escribir desde la perspectiva de un fantasma, como bien lo expresa el mismo autor: «Cada vez me voy sintiendo más cercano a una de mis figuras literarias predilectas, el fantasma: alguien a quien ya no le pasan de verdad las cosas, pero que se sigue preocupando por lo que ocurre allí donde solían pasarle y que –aun no estando del todo– trata de intervenir a favor o en contra de quienes quiere o desprecia.»

Palabras claves: Fantasma, literatura, simbología.

Javier Marías: when the ghost creates literature

Abstract

Javier Marias represents one of the most influential writers in Europe, and can be distinguished among those who write for money and those who write for passion. For him, it is enough to write from the perspective of a ghost, as the author himself expresses: “Each time I feel closer to one of my favourite literary figures, the ghost: someone to whom things don’t really happen anymore, but who continues to worry about what occurs where things used to happen to him and who –even though he is not completely there– tries to intervene in favour of or against those he loves or despises”.

Key words: Ghost, literature, symbology.

A mitad del año pasado, una tarde de junio, leía plácidamente una serie de artículos de un escritor español contemporáneo, quien tras un torrencial torbellino de ideas me hizo cavilar que estaba ante un escritor digno de ser leído con respeto. Este escritor, cuyo nombre aún irreconocible para algunos lectores, cosa que me sorprende –aunque hoy no debería sorprenderme nada–, es Javier Marías, quien codicia y plasma un figurativo de imágenes mezcladas con la ironía auténtica de un hombre europeo de esta época; quien también se autoetiqueta bajo la simbología del fantasma, por tratarse de una de las representaciones literarias más apremiantes de los venideros tiempos, donde la verdadera razón por la que se lee es por puro ocio y no estudio y dedicación, donde los argumentos representativos de una obra colinda entre una trillada y angustiosa figura metafórica reiterativa, con el propósito de servir de un mercado editorial que les paga ingentes cantidades de dinero por algo que no aporta nada a la literatura.

1. Cuando encontré a el fantasma

La vida de un fantasma, figura que a mi parecer encaja perfecta en la osada prosa de este escritor, es utilizada con fines retrospectivos, más que cualquier otra cosa. El fantasma es una representación de un pasado, bajo algo que yacía en la tierra y que ahora se ha vuelto transparente, y en muchos casos olvidado. Expone el propio Javier Marías en su prólogo de *Vida del Fantasma* (1995): “«Cada vez me voy sintiendo más cercano a una de mis figuras literarias predilectas, el fantasma: alguien a quien ya no le pasan de verdad las cosas, pero que se sigue preocupando por lo que ocurre allí donde solían pasarle y que –aun no estando del todo– trata de intervenir a favor o en contra de quienes quiere o desprecia»”.

En la exposición de motivos por los cuales he considerado llamar a este ensayo ‘Javier Marías, cuando el fantasma hace literatura’, es el mismo que me vincula con el escritor antes mencionado, cuando tras leer varias de sus novelas, artículos y ensayos, abunda una riqueza metafórica y vislumbrante en tan prístinos senos de literato audaz y elocuente, que fácilmente puedo interpretar

como un clamor en el silencio. No importa lo que hagamos o dejemos de hacer, aquí y ahora somos y seguiremos siendo fantasmas, lo importante «...no está del todo presente (como el fantasma), pero asiste a los acontecimientos, y sobre todo ronda».

2. Una presencia fantasmal

¿Alguna vez se ha respirado la esencia de un libro? ¿Se le ha tratado de tomar el pulso? Cuando los libros se mantienen cerrados, reposando en el estante de una biblioteca o librería, permaneciendo como fantasmas, aislados. Comencemos tratando de comprender a lo que me refiero con el concepto de fantasma para entrar, posteriormente, en la búsqueda de esos fragmentos que bajo mi concepción posee memorias con los olores característicos de viejos tiempos.

El fantasma es la representación literaria más angustiada de una persona que desea ser escuchado desde el otro lado, allá donde las cosas parecen mejores; pero el fantasma padece, sufre y se congoja de igual manera por lo que ve, siente y escucha. La vida de un fantasma, es la eterna luz que resplandece cuando se lee un libro, escuchando pulsos provenientes de aquél lugar consagrado para nosotros como el más allá. Así “quienes van dejando constancia escrita de lo que opinaron un día, de lo que les gustó o divirtió o indignó, de lo que pensaron en el pasado, van teniendo en su vida una percepción fantasmal a medida que transcurre el tiempo y ellos van comprobando que son y no son a la vez los mismos” (Javier Marías, 1995). Y mucho más allá de lo perceptible, dejando siempre una estela de humo, la figura del fantasma, que somos todos en algún momento de nuestras vidas, cuando somos incapaces de ser vistos. “Todo escritor, pienso, se asemeja un poco a esta figura: habla e influye, pero no siempre se deja ver; a veces desaparece o calla durante largo tiempo, en otras ocasiones arma grandes estrépitos con sus ficticias cadenas o intenta ahuyentar con su sábana blanca de intangibles palabras” (Javier Marías, 1995).

Parece sorprendente que el mismo escritor explique con tan diáfanas palabras el significado de tal figura, y mucho más cuando

encontramos retazos de esa imagen en sus novelas, de una exquisita sencillez, mezclada con reminiscencias, memorias que están allá, apartadas de la vida real, pero que se siguen escuchando con vida, tan sólo con ser recordadas; así como también el desfragamento que existe entre oración y oración, por medio de los signos de puntuación, mostrando una respiración ajena a la del propio escritor, formando la esencia fantasmal, y dando la leve duda de que quien habla no es una sola persona, sino una multiplicidad de voces:

No he querido saber, pero he sabido que una de las niñas, cuando ya no era niña y no hacía mucho que había regreso de su viaje de bodas, entró en el cuarto de baño, se puso frente al espejo, se abrió la blusa, se quitó el sostén y se buscó el corazón con la punta de la pistola de su propio padre, que estaba en el comedor con parte de la familia y tres invitados. Cuando se oyó la detonación, unos cinco minutos después de que la niña hubiera abandonado la mesa, el padre no se levantó enseguida, sino que quedó durante algunos segundos paralizado con la boca llena, sin atreverse a masticar ni a tragar ni menos aún a devolver el bocado al plato... (Javier Marías, 1992: 11).

Del fragmento antes expuesto, cuya reiteración de comas da la sensación de estar ante una respiración acorde al momento que se vive de tensión en la novela, pero no solamente eso, sino que también la multiplicidad de voces se hace notar, cuando una persona en primera del singular relata lo acontecido, y luego otra voz en tercera persona añade lo que está ocurriendo en la mesa de abajo, y mucho más aún, detallar los movimientos de sus personajes, como si de otro narrador se tratara.

En un artículo publicado en *El País*, Fernando Savater (1991) dice: “Sin duda no faltan ciertas resonancias. Alguien comparte sin saberlo –mejor: sin darle del todo importancia– horas de odio (que podrían haber sido de amor, tanto da) con un fantasma literario que es obsesión para un puñado de esos raros maniáticos, los lectores.”, o “...capaz, por tanto, en su ausencia necesaria, de provocar las más urgentes inquisiciones, los menos discernibles espejis-

mos”. Espejismos que vale decir son los mismos que nos hace pensar que debajo de cada palabra –enfundada en esa eterna sábana blanca del fantasma que asusta–, se esconde un conjunto de ideas que van más allá del misterio y la simple anécdota. Lo mismo ocurre con novelas como *Tu rostro mañana* (2002), donde se suscitan una serie de recuerdos con hechos vividos en una época franquista y de nazis, que quisieron imponer la justicia del derecho al silencio como primera política, trayendo como consecuencia un fantasma consigo: el pasado. Una novela singular en la que se retrata la España de principios del siglo XX, con reminiscencias de nuestros tiempos, como el intento de Golpe de Estado al Presidente de la República de Venezuela, Hugo Rafael Chávez Frías a finales del año 2002. Esa misma dilatación, entre puntos equidistantes, dibujados bajo una perpendicular exacta de tiempo y espacio, requiriendo la utilización del pasado y el presente como una constante, como si ese fantasma tuviera la habilidad ahora no sólo de la multiplicidad de voces (narradores), sino también de la transmutación de espacios temporales; lo cual es justo para lo que dice Eduardo Mendoza en su artículo ‘El extraño caso de Javier Marías’ (1998), publicado en el diario *El País*: “Javier Marías crea un desconcierto incómodo”.

Y, pregunto, cómo no crearlo si está a su completa disposición una historia con tiempo, espacio e idea de realidad equilibrada, que contrasta exactamente con la vida y la experiencia, y la hace explotar en su prosa irónica de carácter y concisión aguda, que no podría pensar en otro menos que Stendhal.

3. Confección de los fantasmas

En línea general, los personajes de Javier Marías parecen estar guiados por un norte en el tiempo, una brújula de recuerdos, un inmenso caminar y trotar en la memoria. En su novela *Los dominios del lobo* (1971) sus personajes divagan entre una madurez narrativa, y la aguda ironía de sus historias, dotándolo de un sabor a novela negra repleta de melodrama, pasiones rurales, intrigas, la Guerra de Secesión y luchas entre grupos de gánsters. Cada per-

sonaje representado en un tiempo imaginario, parece cobrar vida como si de una película se tratara. Con la precisión de las características, sin dibujar un mapa exacto de la ubicación de sus personajes, Javier Marías se disfraza de su fantasma en la multipersonalidad de caracteres con las que dota a cada personaje que nace, se vincula y desaparece de la novela.

En la novela *Los dominios del lobo*, existe una particularidad dentro de sus personajes; cada uno de ellos se mueve en un tiempo pasado, en el que parece reinventarse todo en conjunto, creando una ficción casi real dentro de una obra en la que se plantean varias historias y, al final, parecen muchas de ellas conectarse como si de la misma vida se tratara, con sus azares, creando una especie de destino en cada uno. Los personajes, aparte de tener vida, poseen destino, creado a partir de la incertidumbre, y en muchas oportunidades, de lo imposible y lo inesperado.

Cuando Glenda Greeves y Arthur Taeger colaboran en la huida del hermano de éste último, Edward Taeger, las posibilidades de ver culminado todo con un final feliz es casi inesperado; después de encontrarse con las autoridades frente a sus narices, en pleno vagón del tren, bajo la mirada inquieta de una reportera, Susan Bedford, quien se hace amiga de Glenda y, *a posteriori*, cómplice de un suicidio indirecto, que acomete Glenda contra su persona después de enterarse de una cruel verdad: el inmediato cambio de carácter en su esposo y la infidelidad de su él con la misma Susan. Este acontecimiento, que parece un melodrama extraído de cualquier novela, es una semilla que va germinando desde el principio de la novela, creando un conflicto tras otro, probando, enriqueciendo, equipando, cada personaje dentro de una confección de tejidos-destinos, como si lo inesperado y lo no posible marcara el inicio del fin. Dice Edgar Morín, a propósito de lo inesperado: “En la historia, hemos visto permanente y desafortunadamente que lo posible se vuelve imposible y podemos sentir que las más ricas posibilidades humanas siguen siendo imposibles de realizar. Pero también hemos visto que lo inesperado llega a ser posible y se realiza; hemos visto a menudo que lo improbable se realiza más que lo probable; sepamos, entonces, confiar en lo inesperado y trabajar

para lo improbable.” Es entonces, visto desde esa filosofía, la confección de los personajes de Javier Marías, no son solamente fantasmas que vagan en un mundo de ficción para crear *su* realidad.

Vale la pena acotar que los personajes no son figuras postradas sobre un conjunto de palabras que los forman, sino que permanecen móviles, intangibles, secretos, siempre en la búsqueda de hallar pistas para encontrar su fin. Esto me trae a la memoria aquellos experimentos con ratones que tomaban los científicos y los encerraban en un laberinto hecho de cartón, con muchas habitaciones ciegas, en las que iría el ratón buscando al final su prometido queso: intentando, fallando, volviendo, hasta dar con él. Los personajes de Marías son “ratones” encarcelados en un laberinto (trama) del que ellos tendrán que buscar salida.

¿Y qué es Javier Marías para sus personajes? Un fantasma que vaga a su alrededor, un titiritero, un creador de mundos y laberintos para *sus* personajes.

Es importante mencionar que Javier Marías escribió su primera novela *Los dominios del lobo* cuando todavía se labraba un movimiento llamado *engagé*, considerando la narrativa como un mensaje. En la época de los ochenta en España, se desarrollaba a su vez las novelas cosmopolitas; dando facilidad a que Javier Marías escribiera una novela con personajes anglosajones, de nacionalidad no española, y de la que fue, en un futuro, blanco de una mansalva de críticas por aquello de incluir personajes no españoles en una literatura que debería ser española; en una novela que no aportaba ninguna historia de la España de aquel entonces.

Después de escribir *Los dominios del lobo* (1971) y *Travesía del horizonte* (1973), que fueron novelas enmarcadas como concepto de novela cosmopolita, introduciendo personajes anglosajones, transcurriendo las acciones en el extranjero, y siempre vislumbrándose una cantidad de escenas imitativas –parodias, casos reales mezclados con la leyenda urbana, remedos– que parecía hecho con la finalidad de homenajear de forma metaficticia los primeros años de la meca del cine (años 40 y 50), como es el caso de *Los dominios del lobo*; y de la segunda, *Travesía del horizonte*, en la que

se revela una cantidad de escritores como Joseph Conrad y Arthur Conan Doyle; personajes que en su novela *Tu rostro mañana: Fiebre y lanza 1* (2002) vuelve a traer a reminiscencia, como otros escritores que aguardaban en la biblioteca de aquel viejo amigo de Londres, Sir Peter Wheeler, quien también es otro personaje que vacilaba a menudo entre dos idiomas, inglés y español, para expresar un pensamiento o idea.

Dilucidar entre la realidad y la ficción de cada personaje no es un mero pretexto para explicar la simbología del fantasma en la obra de Javier Marías, sino provocar como fin mediato el incentivo en la búsqueda del fantasma, porque de algo se está seguro, el fantasma está entre esa mezcolanza de personajes e historias.

4. El fantasma: memoria y lucidez

La madurez supone casi siempre un estilo porque es el estado que comienza con la decisión de abandonar la búsqueda del vacío para dedicarse al pulimento de la herramienta. Y el hombre maduro lo es tanto más cuanto no necesita de los descubrimientos; más bien los rechaza y es capaz, de ahora en adelante, de concebir cualquier obra como un puro problema técnico o como el ejercicio de unas facultades acrisoladas. Sus temas ya no serán tan originales, ni tan siquiera nuevos, ni -quizá actuales en ese sentido periodístico del término; derivará su oficio hacia aquellos otros eternos a los que -supremo orgullo de una carrera laureada será capaz de dar nuevo brillo con las delicias de un estilo único y depurado (Benet 1999: 34).

Existe un hecho que ha provocado que hable de Javier Marías como un fantasma, una persona que está en un sitio; pero a la vez no, que se pasea de un lado a otro, girando, ocultándose, sintiendo, los acontecimientos que ocurren en el mundo; una presencia que se vislumbra a través de su prosa y se vincula entre nosotros (los lectores), creando un fugaz y traslúcido desenfreno de pensamientos, que nos hace meditar sobre lo ilimitado que puede ser la memoria en ciertos tramos de nuestra vida.

En los textos no narrativos, la presencia de la memoria es aquella que guarda relación a menudo con los hechos consuetudinarios del fantasma, creando incertidumbre, crítica, y vergüenza por el mundo que estamos viviendo actualmente. Un caso particular como éste es aquel que publicó una primera vez en el diario de circulación francesa *Le Monde*, pero que después de haber recibido una petición con el dossier de la noticia por parte de una periodista del diario en referencia, Javier Marías se vio obligado a escribir nuevamente sobre ese hecho, que tituló en esta oportunidad como ‘Culpable o culpable’ (1999), en la que narra de forma irónica sobre la desaprobación por parte de la acusación que realizó el Tribunal Supremo de Justicia de Francia contra un hombre que había supuestamente violado a su madre cuando él apenas tenía once años de edad, para este entonces unos años mayor.

Para concluir, vemos entonces como este fantasma mira y murmura, ve fantasmas, fuma, se enfada o espanta, se disfraza, viaja y vuelve, hace crítica, recuerda, se retira, todo desde la concepción de sus textos, de su prosa, de su memoria y su lucidez.

Referencias bibliográficas

- BENET, Juan (1999). *La inspiración y el estilo*. Editorial Alfaguara. Madrid, España.
- MARÍAS, Javier (1971). *Los dominios del lobo*. Editorial Santillana Editores. Madrid, España.
- MARÍAS, Javier (1992). *Corazón tan blanco*. Editorial Santillana Editores. Madrid, España.
- MARÍAS, Javier (1995). *Vida del fantasma*. Editorial Alfaguara. Madrid, España.
- MARÍAS, Javier (2002). *Tu rostro mañana: Fiebre y Lanza I*. Editorial Alfaguara. Madrid, España.